

TERCERA PARTE.

Atendedle pues, señores, salir de casa de Pilatos para el calvario, cargado de una cruz pesada donde debe morir por pública sentencia. Síguele un pueblo tumultuado y furioso. Quiénes le dan empellones para que corra, quiénes le detienen de las sogas para que se detenga. Las violencias de los ministros hacen que la cruz toque la corona, y le clave de nuevo las espinas. Su Madre anegada en un mar de tristeza y amargura, sale al encuentro, y quedando con tal vista agonizante, es hecha mártir de sí misma, á las violencias del dulce verdugo de su amor. Tiembla el aire al sonido de las ferales trompetas, se escandaliza la tierra á la voz de los pregones, gimen los ángeles á la vista de los ultrajes hechos á su Dios, retiran sus ojos los serafines por no mirar lleno de inmundicia el rostro del Salvador, y haciendo sus oficios la humanidad en el devoto corazón de unas piadosas mugeres, no pueden contenerse sin llorar; y mientras el Salvador, exhausto de fuerzas, titubeando con el peso, y cayendo á cada paso, camina afanado para llegar al calvario, como al teatro donde han de unirse para su tormento todas las aflicciones y dolores, los judíos están de fiesta celebrando con risas y blasfemias su bárbaro triunfo. Alquilar á Simon para que ayudase á llevar la cruz al Salvador, no fue efecto de su compasion, sino de su furor, pues que ellos temieron que muriendo Jesucristo en el camino, no tendrían el bárbaro

placer de verle morir con deshonor en el calvario. ¡Ah! yo no tengo corazón, señores, para seguirle mas, me estremezco por el horror. Animaos vosotros contra vuestros temores, y seguidle hasta la cumbre del calvario. Allí vereis como le despojan con violencia, y le renuevan sus llagas: como le dan á beber hiel y vinagre, para introducir los sayones el tormento á donde no habian podido llegar los golpes: como le extienden bárbaramente sobre aquel altar: como le elevan en la cruz: como le levantan dejándole entre el cielo y la tierra, para que sea todo el universo testigo. Ahora entiendo hasta qué punto subió el amor de Cristo, pues no rehusó reparacion tan costosa. Ahora alcanzo lo que es infierno, pues tanto le costó para librarnos de él. El misterio que yo no puedo concebir, es la insensibilidad vuestra y la mia; porque ¿os parece que si al ir el Salvador cargado con su cruz, os hubiera rogado que le ayudarais á llevarla, lo hubierais rehusado? ¿creereis que si al quitarle sus vestiduras os hubiera dicho que os despojarais de vuestros adornos, lo repugnarais? si al rogar su Magstad con el último suspiro por sus enemigos, os encargara que perdonarais los vuestros, ¿los perseguiriais ya? ¿haceis juicio que si le hubierais visto morir en su cruz, le dierais el último golpe para que acabase? aquí entra ahora mi admiracion de nuestra insensibilidad. ¿Pues no son aquellas culpas que cometemos cada momento quienes le ponen en el estado que le miramos? Cada uno de nosotros, ó Dios de amor, puede decir: *Ego interfeci Christum Domini*. Yo con mis al-

ativos y criminales pensamientos formé vuestra corona de espinas; yo con mis miradas atrevidas y licenciosas eclipsé vuestros ojos en las sombras del sepulcro; yo con mis palabras injuriosas amargué vuestra lengua con la hiel y vinagre; yo con mis pasos descaminados y malas obras clavé en la cruz vuestros pies y manos; y yo finalmente con mi liviandad puse en tormento todo vuestro cuerpo.

Devotos oyentes, tomad parte en mi admiración y en mi dolor, y avergonzados y confundidos de nuestro trato, atendamos á lo que le resta que padecer, para ver si su adorable cuerpo puesto en la cruz tocará á nuestro corazón: *Et crucifixerunt eum.* Le crucificaron. ¿No mas, devotos Evangelistas? ¿con este laconismo funesto lo explicais? ¿Usaron de clavos menos agudos y esquinados para abrir las heridas, y lo callais? Para clavarle, ataron sogas á sus brazos y pies para hacerlos venir á la medida de los barrenos, sacando con esta violencia de su lugar los huesos, ¿y esto callais? Levantándole en la cruz, la dejaron caer con ímpetu precipitado en el hoyo que tenían ya dispuesto, y con esto se abrieron mas sus heridas, ¿y lo callais? Echaron suerte sobre sus vestidos en su presencia, celebraron con fiestas sus mortales agonías, ¿y lo callais? vomitaron los sayones y ministros mil blasfemias, llenándole de insultos y de ultrajes, ¿y lo callais? En efecto, los Evangelistas escribieron este pasaje de prisa, pues consternados y enternecidos por la compasión, temían por ventura que sus lágrimas confundidas con la tinta, la aguasen de

manera, que les imposibilitase escribir lo restante hasta el sepulcro.

Tres horas estuvo pendiente hasta morir, estando siempre en penosísima agonía. No tiene mas consuelo que el que le puede conceder la sociedad de unas mugeres piadosas que le asisten, de un Discípulo que casi agoniza de pena, y de una Madre que con dejarse ver tan penetrada de dolor y de amargura, hace el mayor de todos sus tormentos. Su Padre mismo, por cuya gloria padece, le abandona, y armando contra él todos los instrumentos de la rabia y furor de sus enemigos, le obliga á hacerle de lo alto de la cruz estas amorosas quejas: Padre mio, ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué tu seno que es el asilo de los pecadores, ha de ser para mí un nuevo calvario? ¿Por qué esas manos que socorren los miserables, han de servirme á mí de cruces? ¿Por qué esa boca tan fecunda de oráculos para consuelo de los infelices, guarda conmigo tal silencio? Cristianos que me oís, si Jesucristo por haber tomado sobre sí la satisfacción de nuestros delitos, experimenta la severidad de su Eterno Padre, ¿os atreveréis en adelante á quejaros de que el cielo os trata con rigor?

La Iglesia, pues, que es la esposa desconsolada, presentandoos este dia su caro Esposo, le pone entre vosotros y vuestros placeres, á fin de atajar la corriente de vuestros desórdenes. ¿Tendréis, pues, valor para imitar la crueldad bárbara de aquella matrona romana, que pasó con su carroza sobre el cadáver de su padre, para llegar mas presto á los brazos de Tarquino, su impuro

amante? ¿Sereis tan insensibles, que correreis con furor á saciaros de placeres aun estos dias consagrados á los dolores del Salvador, sin que este espectáculo tenga fuerza bastante para deteneros? Pecadores, lo repito de nuevo; la Iglesia os expone hoy dia el cuerpo sangriento de su esposo y de vuestro padre, y lo pone entre vosotros y el objeto de vuestras pasiones, para detener la rapidéz de vuestros desórdenes. Deteneos, pues, libertinos; deteneos ambiciosos; paraos soberbios; deteneos avaros; suspendeos, vengativos, estos dias siquiera consagrados á su pasion. Mas en vano hablo en este lenguaje á los pecadores, pues ellos osan decir con la lengua del corazon: ¿qué importa se presente á nuestros ojos un objeto tan doloroso? Atropellemos su cuerpo, caminemos sobre su sangre á nuestros excesos, y á satisfacer nuestras pasiones. Callad, sacrílegos; ¿es posible que un Dios muriendo, no tenga bastante fuerza para deteneros? ¿que un Dios puesto en la cruz no ha de tener bastantes atractivos para suspender vuestras violencias? ¿que un Dios de amor, muerto por vosotros, léjos de poder hacerse amar, ha de hallar entre cristianos quien con nuevas culpas aumente el número de sus heridas, como se lee en el Salmo? Mas mientras yo exhorto á los malos cristianos que no crucifiquen de nuevo al Salvador con sus delitos, quiero que entendais la caridad de Jesus, cuyo amor pide su muerte, y es el último tirano que le acaba.

Jesucristo, pues, sin deliberar, como dice el Apóstol, eligió morir en una cruz, por conser-

var la vida de los hombres. Él diria estas inflamadas palabras salidas de lo íntimo del corazon: que me traspasen con clavos las manos y los pies, que me abran el costado con una lanza, que me quiten la vida con crueldad y con ignominia, á trueque de que los hombres sean revestidos de magestad en mi gloria: con eso estoy contento. ¿Es aquí, Salvador amoroso, donde debiais representar la funesta tragedia que debia acabarse con vuestra muerte? ¿Es este el lugar tan deseado, á donde caminabais con pasos de gigante, desde el punto mismo de vuestro nacimiento? ¿Es aquí á donde llegais al anunciado exceso de hacer á Jerusalem el trono de vuestro amor y el teatro de vuestras penas? Cielos, tierra y criaturas, venid sobre el calvario, para ver este milagro de paciencia, y este prodigio de amor. Venid á ver á vuestro Criador, no ya puesto en penosísima agonía, sino muerto en una cruz afrentosa.

Veis aquí al hombre Dios que ha nacido en pobreza, ha vivido en trabajos, y ha muerto hoy dia sobre este infame suplicio. ¿Reconoceis señas en él de ser el Rey de la gloria, á quien adoran los ángeles, ante cuyo trono tiemblan por reverencia los serafines, y los santos tienen la consumacion de la felicidad en su vista? si no supieseis quién es, ¿le tendriais segun aparece por otro que por un famoso delincuente? Ved, pues, la lastimosa mudanza que ha hecho en su persona el amor y la crueldad. ¿A qué otro que á un espantoso milagro del amor de Jesucristo y de la justicia de su Padre, puede atribuirse una catástrofe tan dolorosa? Estos ojos que con sus mira-

das suavizan los corazones mas duros, ya no son mas que dos astros lánguidos, que padecen á la hora presente un rigoroso eclipse. Este Gefe adorable á quien se debe la diadema del universo, no tiene mas que espinas por corona. Esta boca que ha pronunciado tantos oráculos, y donde florecia el consuelo para los tristes, guarda silencio. Estas manos que han llenado el cielo de maravillas y la tierra de milagros, están sin movimiento. Estos oidos que se han dado por tan entendidos de los clamores miserables de los hombres, están sordos á mis voces. Estos pies á quienes se han hecho sólidas las aguas, y que tantos pasos han dado por nuestra salud, los miro cruelmente aprisionados con clavos. ¡Pobre Redentor mio, y qué pago habeis recibido de los hombres! ¡Esta es la recompensa que han hallado en los hombres vuestras finezas? ¡Dulce dueño mio, y qué atentado tan cruel ha hecho el amor en vuestra persona! ¡Vos sin aliento ya sobre esta cruz, y con vida aún los pecadores que os han hecho morir! ¡vuestro pecho abierto con una cruel lanza, y nuestros corazones cerrados al dolor! Ya estará contento vuestro Padre; ya puede la muerte envanecerse de su cruel triunfo; ya queda la Divina Justicia satisfecha; ya ha llegado el amor al extremo de sus esfuerzos mas violentos; ya ha pasado la esponja de vuestra sangre sobre el decreto de muerte que habia firmado la justicia contra nosotros; ya queda satisfecha superabundantemente nuestra deuda, y el infierno ha perdido su derecho sobre los hombres. Pero ¡á cuán sensible costa del Criador! ¡O

eterno Padre! veis aquí al Hijo que engendradte en la eternidad entre los purísimos esplendores de vuestra gloria. Vírgen purísima, que os manteneis aquí viva por milagro, mirad al Hijo que concebisteis á la voz del ángel, y que cede ahora la vida que le disteis, á la violencia del amor. Sacerdotes, veis aquí vuestro Pontífice soberano, elevado sobre su altar, donde es inmolado como víctima; mas una víctima que es juntamente Dios, dispuesta á descargar terribles anatemas sobre los profanadores de sus altares y de su sangre. Monarcas del mundo, veis aquí al Monarca del cielo y de la tierra puesto en el trono, donde pierde la vida por su pueblo; pero que condenará á tormentos eternos á cuantos príncipes tuvieren la temeridad de oscurecer sus cetros y sus coronas con la impiedad. Jueces de la tierra, veis aquí al Juez de vivos y muertos sobre su tribunal, desde donde pronunciará algun dia sentencias de muerte contra los que ahora por parcialidad ó por odio administran indebidamente la justicia.

Pecadores, veis aquí la grande obra de vuestros delitos; pero mirad al mismo tiempo al hombre de paz que debe ser el apoyo de vuestras esperanzas. Léjos de vengarse de los pecadores que le han hecho morir, pide por ellos á su Padre; pero con palabras tan amorosas y obligantes, que deben herir vuestros corazones si no son mas duros que las piedras que se despedazan, y los sepulcros que se abren. Padre mio, dice desde la cruz en sus últimas agonías, perdonad, os ruego, á cuantos han conspirado contra mi vida: yo

muero de buen corazon por mis enemigos, aun por aquellos que han hecho mayores esfuerzos para atormentarme. Si ellos han ofendido vuestra soberana grandeza, poniendo á vuestro Hijo en un suplicio, yo os ofrezco por ellos todas las gotas de mi sangre: *Pater dimitte illis*. Y vosotros, mis queridos hijos, á quienes yo he concedido en mi seno, y he dado á luz entre la violencia de mis dolores, sabed que mi amor ha sido mas poderoso que la muerte. Conoced su exceso por mi sufrimiento, pues que mi amor y vuestros pecados me han elevado sobre esta cruz, donde me tienen atado clavos de mi caridad para esperaros, con la cabeza inclinada para daros ósculo de salud, con los ojos cerrados para no ver vuestras ingratitudes, con los brazos abiertos para echarlos amorosamente sobre vuestro cuello, con el corazon partido para introducirse en mi pecho. Despues de esto, corazon humano, ¿te mantendrás aun endurecido? ¿Aun mirarás con indiferencia estos excesos de caridad? ¿No aborrecerás tus delitos á vista de este espectáculo de amor? ¿Será posible que todo un Dios puesto en la cruz, todo un Dios bañado en sangre, todo un Dios muerto con afrenta y dolor, no ha de bastar para hacer brecha en tu corazon? ¿Léjos de suavizarte y enternecerte con tal vista, renuncias los méritos de su pasion y de su muerte, y dices con las obras que le quieres aun hacer morir? Unete, pues, con los judíos que le han crucificado, toma este Crucifijo, y renueva en él una segunda pasion; saca estas espinas, y abre con ellas heridas nuevas en esa cabeza adorable. Empuña

la lanza y profundiza mas la abertura de este costado, renueva sus llagas; atropella este Crucifijo, mientras los demás devotos y fieles le adoramos, y lloramos tus sacrilegios.

Pero grita tú entre tanto, ó Apóstol de las gentes, que bien teneis razon para ser oido de todos. Quien no ama á un Dios que tanto nos amó, sea eternamente descomulgado; quien no ama á un Dios muerto por nosotros, salga de esta iglesia, pues que es indigno de estar en ella; bórrese su nombre del registro de los cristianos, aborrezcanle los ángeles, huyan su comercio los hombres, ódienle todas las criaturas, como á un monstruo de ingratitud. Si un amor tan grande no le mueve á amar, no tiene corazon, no tiene fe, no tiene juicio. ¡O cruel y vergonzosa insensibilidad de los hombres! ¿De dónde puedes proceder sino de la desidia de no estudiar en el libro de la cruz, que este sabio Maestro abre sobre el calvario en este dia de sus penas, para enseñarle las lecciones de la mas alta filosofia? Estudiad, fieles, en este libro sangriento, donde el amor ha impreso caracteres tan preciosos. Cada pena suya es una leccion. Las salivas inmundas de este rostro claman, ama á tu Dios, que por tí las sufrió: gritan estos clavos agudos, ama á tu Dios, que por tí fue traspasado con ellos: clama la lanza, ama á tu Dios, que por tí se dejó abrir el corazon: vocean estas espinas, ama á tu Dios, que por tí se dejó taladrar dolorosamente su cabeza.

Yo concluyo, cristianos, conjurandoos con el Apóstol por las entrañas de la misericordia de Dios, y por el exceso de su amor y de su pacien-

cia, que llevéis siempre en vuestros corazones á Jesucristo muerto, á fin de que sintais en vosotros lo que él sintió en la cruz, y grabeis sobre vuestras personas como sobre un sello fiel, todos los suplicios del calvario. Haced un hacecillo de mirra, compuesto de todos los instrumentos de la pasion, y llevadle en vuestro pecho, para que sintiendo continuamente sus penas, seais unas copias vivas de esta víctima de amor. Mas antes de dejar este adorable Crucifijo, permitidme despedir de este milagro de paciencia.

A Dios, mi amable maestro; á Dios, todo mi bien; á Dios, lumbre de mis ojos; á Dios, amor de mi corazón; á Dios, vida de mi alma; á Dios, apoyo de mis esperanzas; á Dios, esperanza de mis deseos; á Dios, objeto dulce de mis amores; á Dios, todo el bien que yo adoro y amo en este mundo, donde no viviré en adelante sino en las lágrimas, en los gemidos, en la penitencia. Vuestas llagas sacrosantas serán desde hoy las depositarias de nuestros corazones. Sí, Jesus mio: así lo protestan mis oyentes. Yo lo afirmo por ellos con estas lágrimas que dejo caer sobre vuestras heridas: yo lo sello en nombre de todos con este ósculo reverente que imprimo sobre vuestros pies.

SERMON DE SAN MATÍAS.

Cecidit sors super Mathiam, et annumeratus est cum undecim Apostolis (Act. Apost. c. i. v. 26.).

Cayó la suerte sobre San Matías, y fue puesto en el número de los Apóstoles.

No hay que dudarle, señores, las gracias con que nuestro Dios favoreció á sus Santos, y con que cada dia nos favorece á nosotros, son siempre muy apreciables, y hay un gran peligro en despreciar aun la menor, ó abusar de ella. Esto es verdad, oyentes, aun entendiéndolo de todas las gracias en general; pero es preciso convenir en que hay unas gracias tan esenciales y á las que está tan aneja nuestra salvacion, que como no hay infelicidad mayor que despreciarlas, así está toda nuestra dicha en cooperar á ellas. Tal fue la gracia de la vocacion respecto del grande Apóstol San Matías, cuya fiesta celebra en este dia nuestra Madre la Iglesia. Porque en verdad, señores, ¿qué hubiese sido de este sagrado Apóstol, si él, temerario, hubiese pretendido la gracia del Apostolado, ó indócil hubiese resistido á su vocacion?

Los felices efectos que se vieron en Matías hecho Apóstol, y las consecuencias funestas que en su antecesor Judas tuvo su Apostolado, ma-